

El Señor Jesucristo en gloria en medio de las iglesias - Ap 1:10-16

Introducción

El apóstol Juan acaba de describirnos cuáles eran sus circunstancias personales cuando recibió la visión que ahora va a describir. Como ya vimos, tanto él como las iglesias de Asia a las que estaba escribiendo, pasaban por distintas tribulaciones que podrían hacerles tambalear de su fe, por eso era necesario que tuvieran una visión renovada de la gloria del Señor Jesucristo y supieran que él seguía cuidando de ellos.

Cristo está hablando

(Ap 1:10-12) "...Y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea. Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo..."

Mientras Juan estaba en el espíritu en el día del Señor oyó una fuerte voz como de trompeta detrás de él. Es interesante que empecemos por notar que esa voz era "como de trompeta".

En el Antiguo Testamento las trompetas servían para convocar al pueblo para algún acontecimiento especial (**Nm 10:1-10**), y en el Nuevo Testamento encontramos que el Señor dijo que cuando él volviera a este mundo sus ángeles le precederían con gran voz de trompeta y juntarían a sus escogidos desde un extremo del cielo hasta el otro (**Mt 24:31**). Por otro lado, en el libro de Apocalipsis las trompetas se relacionan frecuentemente con el anuncio de los juicios finales del Señor sobre este mundo.

Llegamos a la conclusión, por lo tanto, de que la gran voz de trompeta que Juan escuchó tuvo que ser una voz fuerte y clara que le estaba avisando de algo muy importante que estaba a punto de ser revelado.

Todo esto se vio confirmado inmediatamente cuando la voz se identificó: "Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último". Sin duda no podía tratarse de nadie más que del Dios Todopoderoso que ya se había presentado al enviar sus saludos a las siete iglesias (**Ap 1:8**). Toda la escena se reviste de una intensa solemnidad.

Y a continuación viene el mandato: "Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea". Esta es la primera de las doce veces en que a lo largo del libro de Apocalipsis Juan recibe la orden de escribir lo que estaba viendo (**Ap 1:19**) (**Ap 2:1,8,12,18**) (**Ap 3:1,7,14**) (**Ap 14:13**) (**Ap 19:9**) (**Ap 21:5**). Y es un detalle importante, porque vemos que el Señor Jesucristo está mandando a uno de sus apóstoles que escribiera lo que vio de él.

Juan no podía conformarse con ver la gloria del Señor y aprender de él lo que va a acontecer en este mundo. Estaba recibiendo una visión y tenía el deber de compartirla con todos sus hermanos en las iglesias. Y, por supuesto, también todos nosotros que leemos la Biblia y hemos conocido estas mismas cosas, debemos comunicarlas a todos aquellos que no las conocen y que se encuentran en grave riesgo ante la venida del inevitable juicio de Dios.

Pero la escena no termina ahí. Sin duda la voz divina llamó la atención de Juan, y de forma instintiva se volvió para ver quién era el que hablaba con él de esa forma. Quería saber cómo era la persona que le estaba hablando.

En este punto, tanto Juan, como también nosotros, estamos expectantes por ver al Señor de la gloria.

Cristo en medio de las iglesias

(Ap 1:12-13) “Y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre...”

Lo primero que Juan vio fue “*siete candeleros de oro*”. Y como ya sabemos, en el tabernáculo del Antiguo Testamento, que era una representación de la morada celestial de Dios (**He 8:5**), había un candelero de oro de siete brazos (**Ex 25:31-40**). Ahora Juan no va a ver la morada terrenal de Dios, sino que le es permitido mirar en el mismo cielo, en el verdadero templo de Dios.

Podríamos especular mucho sobre lo que simbolizan estos candelabros, pero el Señor mismo nos da su interpretación al identificarlos como “*las siete iglesias*” (**Ap 1:20**). Podemos decir que del mismo modo en que los creyentes ya estamos sentados en los lugares celestiales con Cristo (**Ef 2:6**), también las iglesias locales están en su presencia.

Por otro lado, es interesante detenernos a pensar en algunos detalles sobre estos candeleros. En primer lugar nos dice que son “*de oro*”, el metal más precioso, y con ello nos da a entender que desde la perspectiva de Dios las iglesias son lo más bello y valioso que hay en esta tierra. Y en cuanto a su uso, es importante notar que los candeleros servían para colocar en ellos la luz. Y del mismo modo las iglesias son el soporte donde en la parte más alta se coloca a Cristo, la auténtica Luz del mundo, para que alumbré a todos los hombres.

Pero lo más significativo de la visión de Juan es que en medio de los siete candeleros está “*uno semejante al Hijo del Hombre*”. Aunque luego explicaremos algo más acerca de lo que significa la expresión “*Hijo de Hombre*”, en este momento podemos adelantar que se trata de una referencia al Señor Jesucristo. Él mismo utilizó esta expresión en muchas ocasiones en los evangelios para referirse a sí mismo.

Lo que debemos notar es que el Señor Jesucristo está ahora mismo en medio de su iglesia tal como él prometió antes de ascender al cielo (**Mt 28:20**). Y sólo Cristo está allí en medio de las siete iglesias. No aparece ningún santo ni la virgen. Todo esto nos recuerda que la Iglesia no necesita de otros intermediarios, sólo de Cristo.

Y él está en medio de su Iglesia guardándola, pastoreándola, corrigiéndola, llamándola al arrepentimiento y ayudándola para que siga adelante con fidelidad. La idea que nos sugiere aquí es como si estuviera cuidando los candeleros para que su luz no se apague.

Por supuesto, Cristo no sólo estaba presente entre las siete iglesias de Asia a las que Juan va a escribir más tarde, sino en medio de todas sus iglesias. No importa su tamaño, la calidad del edificio donde se congreguen o el lugar, Cristo están en medio de su pueblo allí donde dos o tres se reúnen en su nombre (**Mt 18:20**). Es verdad que las iglesias no son perfectas, y que en muchos casos necesitan corrección, pero Cristo sigue en medio de ellas. Recordemos por ejemplo a los cristianos en Corinto, “*santificados en Cristo Jesús*” (**1 Co 1:2**), pero tan carnales, inmaduros e inmorales (**1 Co 3:2-3**) (**1 Co 5:1-2**). Sin embargo, Cristo estaba en medio de ellos. No obstante, es posible que un día una iglesia se pueda apartar tanto del Señor que deje de ser considerada como tal por parte

del Señor. Este fue un serio aviso que recibió la iglesia en Éfeso: *“Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido” (Ap 2:5).*

Pero como decimos, a pesar de los defectos, Cristo sigue en medio de su Iglesia conduciéndola a la perfección. Tal vez nosotros, cuando vemos los defectos de las iglesias locales, tenemos la tendencia a reaccionar con cierto desprecio, sin embargo, el Señor sigue amándolas y andando entre ellas. Nosotros debemos tener también este mismo aprecio por ellas, y no dejarnos de reunir por eso.

Una visión de Cristo en la gloria

(Ap 1:13-16) “Vi a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas. Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza.”

Después de haber introducido el trasfondo de su visión, Juan pasa a describir la visión en sí. Lo que vamos a estudiar a continuación es la única descripción física de Cristo que encontramos en toda la Biblia. Sin embargo, hay que observar dos cosas; la primera es que se trata de una descripción de su actual estado en gloria, y la segunda, que el autor usa diferentes símbolos para describir el carácter y los atributos de Cristo, no su aspecto físico.

Tal vez en este momento estemos impacientes esperando el anuncio de los juicios que van a venir sobre este mundo, pero antes de que todo eso ocurra, es imprescindible que conozcamos bien a la persona que los va a ejecutar. Veamos algunos detalles sobre él.

I. Su identidad: *“el Hijo del Hombre”*

Juan comienza diciendo que vio a *“uno semejante al Hijo del Hombre”*. Podría haber dicho que vio al Señor Jesucristo en gloria, pero no lo hace. En su lugar utiliza esta fórmula un poco más complicada, pero que inmediatamente nos recuerda a la visión que tuvo el profeta Daniel y que describió en su libro (**Dn 7**). Es importante ver la relación que este capítulo de Daniel tiene con el pasaje que ahora estamos estudiando.

En este capítulo, Daniel tuvo una visión acerca del futuro. Él vio el poderío de cuatro grandes imperios gentiles que habrían de venir. Cada uno de esos imperios es representado por una bestia monstruosa y terrible. De la cuarta de estas bestias surgió un *“cuerno pequeño”* que *“hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley” (Dn 7:25)*. Se trata del anticristo que aparecerá al final de los tiempos. Pero Daniel también vio cómo ese malvado personaje era destruido por *“uno como hijo de hombre”* que sería el heredero legítimo de todos los reinos de este mundo por toda la eternidad.

Todo esto nos lleva a preguntarnos quién es este *“Hijo de Hombre”* que hará tan grandes cosas. Afortunadamente la Biblia nos da la respuesta, puesto que el mismo Señor Jesucristo usó con mucha frecuencia ese título para referirse a su propia persona. Lo hizo en distintos contextos, y aquí resumimos algunos de ellos que pueden ser útiles para nuestro estudio.

- La primera ocasión que vamos a considerar tuvo lugar cuando Jesús y sus discípulos se acercaban a Cesarea de Filipo, y allí en el camino preguntó a sus discípulos: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?”. Por supuesto, se estaba refiriendo a su propia persona. Las respuestas fueron variadas, pero aunque todos tenían un elevado concepto de él, ninguno de ellos logró ver quién era él realmente. Sin embargo, cuando a continuación repitió la misma pregunta a los discípulos, Pedro contestó inspirado por una revelación divina diciendo: “*Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente*” (**Mt 16:13-17**). El Señor le confirmó que estaba en lo cierto y le bendijo. De aquí sacamos varias conclusiones. La primera es que la expresión “*Hijo de Hombre*” era un título mesiánico: “*Tú eres el Cristo*”. La segunda es que describía a una persona divina, “*el Hijo del Dios viviente*”.
- Otra vez en la que el Señor usó este título la encontramos en (**Jn 5:27**) y dice: “*el Padre le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre*”. Como decíamos, este título se origina a partir de la visión de Daniel que vemos en (**Dn 7:13**), y en el contexto de esa cita nos encontramos ante los juicios de Dios sobre los reinos de este mundo y también del anticristo (**Dn 7:9-11**). Ese juicio es ejecutado por el “*Hijo del Hombre*”, a quien el “*Anciano de días*” le ha dado el “*dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido*” (**Dn 7:14**). Por lo tanto, deducimos de esta asociación que el título “*Hijo del Hombre*” se refiere al Juez supremo de este mundo a quien le corresponde juzgar y reinar eternamente y sobre todos.
- Cuando Jesús fue arrestado y estaba siendo juzgado por el Sanedrín judío, el sumo sacerdote que le interrogaba le preguntó directamente: “*Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios*”, a lo que Jesús contestó: “*Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo*”. El sumo sacerdote y el resto del tribunal se escandalizaron por estas palabras y dijeron que era una blasfemia terrible que debía ser castigada con la muerte (**Mt 26:63-66**). Para ellos, Jesús era un simple hombre que se estaba haciendo Dios. ¿Cómo se atrevía a apropiarse de la profecía de Daniel para sí mismo? Pero el Señor ya sabía lo que se proponían y que ese juicio era simplemente un trámite para intentar cubrir de legalidad el asesinato que de antemano ya habían acordado. Pero era precisamente ese rechazo de los líderes judíos lo que daría cumplimiento a la profecía de Daniel. Porque después de su muerte, resucitaría y ascendería al cielo donde sería glorificado a la diestra de la Majestad en las alturas. Con esto se corresponde la visión que tuvo Daniel cuando vemos que en las nubes del cielo se acercaba uno que era llevado hasta el Anciano de días y al que se le daban todos los reinos (**Dn 7:13**). Por supuesto, la visión de uno que venía en las nubes del cielo, no se refiere aquí a la segunda venida de Cristo, sino a su ascensión (**Hch 1:9-11**).
- Y la última referencia que queremos notar en este resumen la encontramos en el sermón profético del Señor. Allí anunció su segunda venida en gloria: “*y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria*” (**Mt 24:30**). Es interesante ver cómo este pasaje se relaciona con la visión de Daniel. El Señor dijo que su segunda venida tendría lugar “*inmediatamente después de la tribulación de aquellos días*” (**Mt 24:29**), y Daniel hace notar que el “*Hijo del Hombre*” recibiría el reino después de que el anticristo, que había perseguido a los santos, fuera derrotado. Y esto es lo que hará el Señor en su venida.

Por lo tanto, el título *“Hijo de Hombre”* describe al Señor Jesucristo como Mesías, Juez supremo, Dios y Rey soberano. Según hemos visto en Apocalipsis, él está ahora entre las iglesias que sufren la persecución de los reinos de este mundo, pero va a venir un día a establecer su reino de forma visible y definitiva en este mundo, trayendo la justicia y vindicando a su pueblo.

Ahora bien, hasta aquí sólo hemos hablado del título *“Hijo de Hombre”* en cuanto a su dignidad divina, pero no podemos terminar ahí. Porque lo más obvio en cuanto a esta expresión es que describe a un *“Hombre”*. No a un hombre cualquiera, sino al Dios que se hizo Hombre por medio de la Encarnación. Hemos querido subrayar primero su naturaleza divina, porque eso es lo que ha sido desde la eternidad, pero con el fin de salvarnos, llegó a asumir la misma naturaleza de los hombres que él mismo había creado (**Jn 1:1,14**).

Pero lo más maravilloso de todo esto es que el Señor no dejó de ser hombre cuando regresó al cielo. Juan nos confirma que en la visión que tuvo de él vio que seguía siendo el *“Hijo del Hombre”*. Y con esa misma naturaleza volverá a este mundo para establecer su reino de gloria: *“Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo”* (**Hch 1:11**).

2. Su vestimenta

Por el vestido de una persona se puede deducir la posición que ocupa y a qué se dedica. En el caso del Señor, el pasaje nos dice que estaba *“vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro”*.

Esto nos recuerda al sumo sacerdote en el Antiguo Testamento, que llevaba un vestido hasta los pies y también estaba ceñido con un cinto (**Ex 28:4**) (**Lv 16:4**). Si asociamos la vestimenta del Señor Jesucristo con la del sumo sacerdote, y recordamos que cuando Juan lo vio estaba en medio de los candeleros que simbolizan a las iglesias, tendríamos que decir que él está actuando como sumo sacerdote a favor de su pueblo intercediendo constantemente por él.

3. Una descripción del Señor Jesucristo en la gloria

Después de identificar al Señor y hablarnos de su vestimenta, ahora pasa a describirnos su aspecto físico. Para hacerlo emplea diferentes comparaciones y símbolos que finalmente nos permitirán una comprensión más profunda de su persona en la actualidad.

Es interesante notar que en cada una de las cartas a las siete iglesias que aparecen en los dos próximos capítulos, con la sola excepción de la carta a Laodicea, empieza con una descripción del Señor Jesucristo tomada de esta porción (**Ap 2:1**) (**Ap 2:8**) (**Ap 2:12**) (**Ap 2:18**) (**Ap 3:1**) (**Ap 3:7**).

Veamos los detalles:

“Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve”

Esta descripción de su cabeza y cabellos nos recuerda a la que Daniel vio del Anciano de días en (**Dn 7:9**) *“el pelo de su cabeza como lana limpia”*.

La descripción sugiere la sabiduría, dignidad y pureza del Señor Jesucristo. Y el parecido con el Anciano de días confirma que comparte estos atributos con él.

“Sus ojos como llama de fuego”

Una de las ideas que trasmite esta frase es que no hay nada que se pueda esconder de la mirada penetrante del Señor. Se trata de su omnisciencia que todo lo examina de forma minuciosa y exacta. Como dijo el autor de Hebreos:

(He 4:13) *“Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta.”*

Los ojos del Señor Jesucristo no sólo ven, sino que *“saltan”* como llama de fuego para destruir toda maldad. A muchos les resulta incompatible pensar que el mismo Señor Jesucristo, del que salían lágrimas de sus ojos al ver el sepulcro de su amigo Lázaro (**Jn 11:35**), sea capaz de expresar ira y enojo con su mirada. Pero no nos engañemos, sus ojos no estaban rojos de llorar, sino como un anuncio del juicio que él va a ejecutar sobre todo aquello que se opone a su santa voluntad.

“Y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno”

Si sus ojos eran como llama de fuego, ahora pasa a describir sus pies como de *“bronce bruñido, refulgente como en un horno”*. La idea es que el bronce estaba resplandeciente como si aún retuviera todo el calor del horno, como si estuvieran al rojo vivo.

Este imagen continúa en la línea de la anterior, mostrando al Señor dispuesto para juzgar. Recordemos que estos pies pisarán el gran lagar de la ira de Dios (**Ap 14:19-20**), y que un día todos sus enemigos serán puestos por estrado de sus pies (**1 Co 15:25**).

Resulta paradójico que aquellos pies que recorrieron las aldeas de Judá y Galilea llevando misericordia y consuelo a todos los necesitados, aquellos mismos pies que María ungió con un caro perfume y que enjugó con sus cabellos, aquellos mismos pies que fueron clavados a una cruz en el Calvario, sean ahora los pies que traen el juicio y la ira de Dios.

“Y su voz como estruendo de muchas aguas”

Seguramente esta frase quiere decir que su voz era muy potente, como el sonido de una gran catarata. Imaginemonos el sonido de miles de litros de agua cayendo por una cascada. Su ruido se puede oír a varios kilómetros de distancia. Y así es la voz de Cristo.

Podemos imaginarnos la potencia de su voz. Esto nos sugiere la autoridad de todo lo que dice, que sobresale por encima de todas las demás voces.

Y en esto también notamos una gran diferencia con el ministerio terrenal de nuestro Señor Jesucristo. Mientras estuvo en la tierra, él no levantaba su voz (**Is 42:1-2**), e incluso callaba (**Is 53:7**) (**Jn 19:9-10**). Pero ahora todo ha cambiado, porque esa voz irresistible, clara y autoritaria va a silenciar las ruidosas e insistentes voces de los poderes inicuos y de las autoridades malignas de la tierra.

“Tenía en su diestra siete estrellas”

La mano derecha es el lugar de honor, y el Señor tiene en ella *“siete estrellas”*. Por supuesto, no se trata de estrellas literales, sino que como explica más adelante, son un símbolo de *“los ángeles de las siete iglesias”* (**Ap 1:20**). Ahora no podemos detenernos a considerar quiénes eran estos *“ángeles de las iglesias”* a los que más adelante se les va a enviar las cartas que encontramos en los capítulos 2 y 3. Solamente podemos deducir que tenían alguna función importante dentro de las iglesias, puesto que el mensaje de las cartas se dirige en primer lugar a ellos (**Ap 2:1**).

En cualquier caso, la frase que tenemos delante nos permite entender que es el Señor el que tiene en su diestra estas siete estrellas, lo que nos sugiere cuidado, protección, autoridad, posesión, seguridad, control y preservación. Como dijo el Señor Jesucristo acerca de sus ovejas:

(Jn 10:27-28) “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.”

“De su boca salía una espada aguda de dos filos”

Por supuesto, tampoco podemos interpretar esta expresión de una forma literal. Aquí se combinan dos elementos; la boca y la espada. Esperaríamos que en su boca hubiera una lengua que sirviera para hablar, pero no una espada que sale y se mueve para todos los lados.

Quizá lo más probable es que debamos interpretar esta imagen combinando el pronunciamiento de su boca de un veredicto en el juicio contra sus enemigos, junto con su capacidad para ejecutarlo con su espada afilada de dos filos.

Por otro lado, esta espada de dos filos puede referirse también a su propia Palabra que sale de su boca, tal como nos recuerda el autor de Hebreos:

(He 4:12) “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.”

“Y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza”

Como todos sabemos, resulta imposible mirar al sol cuando está en su máximo resplandor. Así es el rostro de Cristo en su gloria actual. Algo parecido a lo que algunos apóstoles pudieron ver en el monte de la transfiguración (**Mt 17:2**).

Seguramente debamos asociarlo con la descripción que Malaquías hace de Cristo como el “Sol de justicia” (**Mal 4:2**). Un sol abrasador del que los hombres tratarán de esconderse cuando venga a juzgarlos y al que nadie se atreverá a mirar a la cara por su gloria y santidad.

¡Qué diferente de cuando estuvo en la tierra! En su humillación el rostro de Cristo fue desfigurado más allá de toda apariencia humana (**Is 52:14**). Los hombres impíos se atrevieron a escupir sobre él y a abofetearlo (**Mt 26:67**). Pero eso no volverá a ocurrir.

Conclusión

En resumen, podemos decir que hay un marcado contraste entre el Cristo que aparece en los evangelios y el que aparece en el Apocalipsis. El Cristo de los evangelios se manifiesta en ternura y amor, es el varón de dolores que es humillado e insultado, su gloria está velada y muere por el pecado del hombre. Pero en el Apocalipsis, por el contrario, aparece en poder y juicio, se revela como el sol cuando brilla con toda su fuerza y aparece como el guerrero divino, el vencedor deslumbrante, el Rey de reyes y Señor de señores.

Ahora bien, nos preguntamos si esta descripción de Cristo que acabamos de considerar debe ser relacionada con su Iglesia o con las personas del mundo que le rechazan.

- Lo primero que deducimos de la combinación de todos los pensamientos anteriores es que Cristo está calificado para juzgar tanto a la Iglesia como al mundo.
- En segundo lugar, el hecho de que esta visión que tuvo Juan se produjo en un momento cuando el Señor estaba en medio de las iglesias, nos sugiere que él tiene interés en purificar a su iglesia. El apóstol Pedro confirmó esto: “*es tiempo que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?*” (**1 P 4:17**).

- Pero como acabamos de ver en esta última cita, el juicio también se extenderá a *“los que no obedecen al evangelio de Dios”*. El juicio sobre las iglesias será para su purificación y también para la distribución de recompensas, pero el juicio sobre el mundo será con vistas a su castigo.